

Nico te va a cambiar la vida  
(quieras o no)

El  
nombre  
propio  
de la  
felicidad

MARÍA JEUNET

María Jeunet



El nombre propio  
de la felicidad

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Jeunet, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2016  
Depósito legal: B. 10.072-2016  
ISBN: 978-84-08-15640-6  
Composición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## ASÍ ERA MI VIDA. HASTA AHORA

1

«Érase una vez, en una increíble ciudad llena de luz, un chico muy desgraciado. Vivía en un pequeño apartamento y tenía por vecinos a una familia de ratones. Ganaba lo justo para comer dos veces al día e ir al cine una vez al mes. Pero, un día, su suerte cambió.»

Así empieza mi historia, amigos. Lo cierto es que no es ningún cuento de hadas, me ocurrió de verdad, y si me permitís, me gustaría contárosla.

Tengo treinta y dos primaveras y soy escritor de cuentos infantiles. A decir verdad, escribí un cuento hace unos cuantos años, puede que incluso hayáis oído hablar de él o tal vez se lo hayáis leído a vuestros hijos. Pero hace años que no escribo nada bueno, al menos no tan bueno como para que mi editor quiera publicarlo. Y no le culpo, cada página que he escrito desde mi maravilloso cuento es una bazofia, yo mismo lo reconozco. Pero qué se le va a hacer... A veces, la inspiración llega y luego se va. Es lo que tiene depender de tu cerebro. Y, cuando la vida te da limones, no siempre puedes hacer limonada, ¿verdad? Los últimos años mi vida ha pasado entre pañuelos de papel llenos de lágrimas, médicos y enfermeras. Pero no quiero deprimiros contándoos mis penurias... Mejor os contaré mi cuento particular.

Soy hijo único, siempre quise tener un hermano o una hermana, pero mis padres eran demasiado mayores cuando me tuvieron a mí, su médico incluso llegó a decirles que había sido poco más que un milagro.

—Señor y señora Cambril, no sé muy bien cómo decirles esto...

—Vamos, hombre, ándese sin paños calientes, podemos soportar la verdad. ¿Qué es? ¿Un tumor? ¿Una gemela que no llegó a nacer? Díganos, hombre, díganos de una vez por qué mi mujer tiene el vientre cada vez más hinchado.

—Señor y señora Cambril, van ustedes a ser padres.

—¿Cómo?! ¡Pero eso no puede ser!

—Doctor, tengo cincuenta y tres años y mi marido sesenta. Perdone que le diga, doctor, pero no puede ser.

—Estoy seguro, de veras que sí. Lo he consultado con otros colegas y todos coincidimos en que es un..., bueno, cómo decirlo..., es casi... milagroso. Enhorabuena, señor y señora Cambril.

Ese día, mis padres decidieron abandonar París, porque «la vida allí era muy cara y muy peligrosa», y buscaron trabajo en un pueblecito a unos ciento cincuenta kilómetros de la capital. El lugar elegido fue una pequeña villa de calles irregulares construidas con piedras grises y doradas. Su nombre era Mont des Fleurs. Para llegar de un lugar a otro debías recorrer unas cuantas cuestas empinadas adornadas con las macetas cargadas de flores que los vecinos cuidaban en sus fachadas. Había un detalle que lo hacía particularmente especial, y que, tonto de mí, creía que se daba en todas las ciudades del mundo: las ventanas y puertas de cada casa estaban pintadas de un color: añil, salmón, mostaza, rojo cereza, verde lima... Así, cada vecino podía dar su dirección únicamente diciendo: «Mi casa es la de las ventanas esmeralda». Salí de mi error la primera vez que visité el pueblo de al lado con once años y

comprobé que allí tenías que dar la dirección exacta —y no explicar el color de las ventanas— para encontrar cualquier negocio o casa. Mis padres localizaron en ese pueblo de cuestras empinadas, flores exultantes y ventanas coloreadas una pequeña panadería con un viejo horno de leña del que se alimentaban varias villas a la redonda desde hacía años y años. Encima de su tienda había una casita de muros de piedra y ventanas de madera (pintadas, claro está, en verde veronés) de dos plantas con un desván donde aprendí a leer, a pintar y a imaginar. Mi primer cuento, ese que fue un superéxito, lo escribí allí mismo. En la parte de atrás de la casa había un pequeño jardín, más bien era una especie de selva minúscula con la mayor colección de plantas raras (pero preciosas) que yo haya visto jamás, en donde encontré una mesa abandonada que instalé en mi buhardilla. Estaba desgastada y astillada por cada arista y, sin embargo, parecía ir en consonancia perfecta con la vieja máquina de escribir. Porque yo, amigos, soy de los que escribe en máquina de escribir. Nada de portátiles psicodélicos en mesas de diseño ultramoderno. Estoy chapado a la antigua, qué se le va a hacer...

El olor del pan reciente, de los bollos de leche y de las galletas crujientes de canela y chocolate me llegaba por los huecos del suelo de madera, y las voces de las vecinas del pueblo canturreando fueron mi banda sonora esos meses. Cuando pienso en aquella época creo que han pasado miles de años, siento que solo fueran recuerdos que alguien me contó.

Lo único real que conservo de aquellos días es mi máquina de escribir. Una vieja Olivetti Lettera 35 que mi padre me regaló el día que se jubiló. Y empecé a escribir esa misma tarde. Si hacéis números os daréis cuenta de que en esos días yo tenía cuatro años nada más. Mi padre se la compró a un viejo contable jubilado que se acomodó alegremente en una casa cercana a nuestra panadería nada más cumplir los sesenta y cinco años.

Decía que no podía con el ritmo de las grandes ciudades, que lo había soportado casi cuarenta años por no quedarle más remedio, pues contaba que lo único que se le daba bien en la vida eran los números, cosa que poco interesaba en un pueblo como aquel y, sin embargo, tan necesaria en los grandes negocios de la capital. Las teclas de esa máquina han sido y son extensiones de mi cuerpo y de mi cabeza. Es lo único que me llevo de cada apartamento que desalojo cuando me instalo en uno nuevo. Es lo que me mantiene anclado a esos recuerdos felices impregnados de colores, sabores, olores, ruidos...

Ahora vivo en un piso que antaño debió de ser la gran finca de unos señores ricachones, de esos que tenían una campanilla para que les trajeran la comida o lo que fuera que quisiesen en cada «tilín-tilín». Pero no quiero engañaros, que conste: vivo en un piso señorial reconvertido en seis apartamentos independientes. Bueno, siete si contamos donde yo vivo: la buhardilla, como no podía ser menos. La propietaria, una vieja regordeta que fuma como una chimeña y huele a anís que tira para atrás, me enseñó un par de apartamentos cochambrosos situados debajo de mi buhardilla, pero cuando al salir del segundo vi la estrecha escalera de tocones de madera supe que allí arriba se escondía un lugar muy especial.

—¿Arriba?! ¿Estás loco? ¡Arriba no hay más que ratones! No apartaba mi vista de las escaleras.

—Pero... ¿está disponible? ¿Me lo alquilaría?

—Muchacho, debes de estar un poco loco, fíjate en la preciosidad de apartamento que tenemos aquí mismo —señaló el cuchitril del que habíamos salido hacía tres segundos.

—¿Puede enseñármelo al menos? —Solo me faltaba el olor a pan reciente y bollos calientes. Y unas cuantas macetas

con flores rojas, azules y amarillas. «Aquí escribiré mi siguiente obra maestra, tiene que ser aquí.»

Subimos ella primero y yo después. Un par de veces, la madera de los escalones cedió y tuve que sujetarle el culo para que no cayera encima de mí. La señora parecía encantada.

Al fin llegamos a la puerta tras trece escalones-trampa y giró la llave en la cerradura. Los chirridos fueron como de película de miedo, ella se estremeció y, antes de ojear el interior para mostrarme el lugar, volvió a mirarme como preguntándose si realmente no estaría loco.

—Señora, me parece perfecto. ¿Cuánto pide?

—¿Estás seguro?

—Dígame un precio...

El lugar debía de tener unos treinta o treinta y cinco metros cuadrados, dos ventanas que estaban cerradas a cal y canto y unos cuantos muebles tapados con sábanas llenas de polvo. El baño, que para mi sorpresa sí estaba presente, ocupaba un rincón de la habitación y estaba delimitado por un panel de madera tras el que se escondía un viejo inodoro y un plato de ducha. A la cocina le daba forma un mueble sesentero de color naranja medio roído con tres zonas: una pequeña y mugrienta encimera, una placa eléctrica que tendría como cien años, con un solo quemador, y una pila de cerámica descolorida (con un grifo que goteaba incorporado), sobre la que había un espejo redondo sin marco. Imaginé que haría las veces de lavabo.

—Bueno... Déjame pensar, muchacho... Está bien, si insistes, seiscientos cincuenta euros.

—¡¿Cómo?! Pero si por el de abajo me pedía quinientos...

—Ya, pero es que el de abajo no tiene baño propio y además solo dispone de un ventanuco que da a un patio interior, y este, por el contrario, tiene buenas vistas.



—Eso habrá que verlo.

Di tres pasos y llegué a la primera ventana, descorrí la cortina (el polvo que levantó hizo estornudar estruendosamente a la mujer) y separé las contraventanas de madera que cubrían los cristales. Y ante mí, amigos, encontré la vista más maravillosa que se puede tener de París. Podía ver la trasera de la Ópera con las ventanas de los camerinos reflejando la luz del sol, veía también parte de La Madeleine con sus imponentes columnas corintias soportando el peso de la cubierta y, al fondo, a lo lejos, veía un pedacito de la Torre Eiffel. Maravilloso.

—¿Y bien? ¿Qué te había dicho? —La mujer se limpiaba los dientes con un palillo—. Serán seiscientos cincuenta euros, más tres meses de fianza. Necesito una copia de tu contrato, de tus tres últimas nóminas y de tu documento de identidad. —No respondí, no dejaba de admirar los edificios blancos bañados por el sol del atardecer de París—. Ah, y date prisa, que esto me lo quitan de las manos, ¿eh?

Dos días después, ya tenía casa. Y de verdad esperaba con todo mi corazón que fuera la definitiva. Al menos la que me llevara de nuevo al éxito. Quería un buen contrato, una casa propia, quería un coche y quería poder desayunar fruta cada día.

Mi buen y reciente amigo Karim me ayudó con la mudanza. Es un tipo fuerte. Cuando se pone el abrigo en invierno parece aún más grande, y si le ves de espaldas jurarías que es un gigante, en serio. Subió mis pocas cosas, pero sobre todo me ayudó a bajar las que no necesitaba. Entre los dos dejamos el piso... habitable, dejémoslo ahí, porque ninguno de los dos es muy perfeccionista en eso de la limpieza y el orden, pero al menos quitamos casi todo el polvo, las cacas de ratones y pusimos sábanas limpias en la cama y sobre el sofá de muelles.

Al terminar, con la despensa vacía, no pude invitarle a nada.

—Vayamos al bar de Carol, Karim. Está aquí cerca, es una buena amiga.

—No puedo, tío... He quedado con la pelirroja... —Mostró su sonrisa más guarrona.

—¿La pelirroja? ¿La de esta mañana?

—Claro, a ver cuántas pelirrojas te crees que hay en el mundo, por eso son tan especiales —con sus manos dibujó las curvas de una mujer—, ¡atontao!

—Vale, no me pegues en la cabeza, pesado. Que si no perderé la concentración...

—Eso, eso, tú ponte ya a escribir. —Me llevó por los hombros hasta la mesa en donde comería y trabajaría, y me sentó en la silla, frente a mi máquina de escribir—. Cuando seas millonario, nos invitarás a tu choza, ¿no?

—Cuenta con ello. Gracias, Karim.

—¡No me las des! —Volvió a darme con la palma de la mano en la nuca y se fue riendo y saltando.

Cerró la puerta al irse y vi varios remolinos de polvo bailando por el suelo de la habitación.

—Está coja. La silla cojea, mierda...

No lo sabéis, pero cuando estoy solo hablo en voz alta casi siempre.

Junté varias jornadas libres para poder instalarme en mi nueva buhardilla y, como tardé menos tiempo de lo que había planeado en un principio, al día siguiente no tenía nada que hacer. Decidí empezar mi gran obra maestra. Me senté en la silla oscilante, coloqué un folio en blanco dentro de mi Olivetti Lettera 35 y acerqué una botella de agua.

*Vamos a ver... De qué puede tratar mi cuento... ¿Qué les gusta a los niños? Piensa, Nico, piensa...: los juguetes, las tartas, las vacaciones... las tetas...*

*Sí, les gustan las tetas, pero cuando son bebés, ¡idiota! Luego se olvidan de las tetas hasta que tienen doce o trece años...*

*Aunque la verdad es que cuando yo tenía ocho años me fijaba en las tetas de la mujer del zapatero... Menudo par de melones, hay que ver... Hoy en día ya no se ven esas proporciones...*

*¡Dios! ¿Pero qué hago? ¡Seré idiota!*

*Más vale que te centres, Nicolas, que si no ya sabes lo que te espera...*

Un pitido me sacó de mis locas cavilaciones.

*¡Salvado por la campana!*

Mi móvil sonó justo cuando la angustia, como si estuviera hecha de liliputienses, empezaba a trepar por los dedos de mis pies.

—¡Hola, Karim, amigo! ¿Qué te cuentas? Claro, ahora mismo bajo, así te invito a la cerveza de ayer...

Bajé al portal, me senté en el peldaño de la entrada y diez minutos más tarde apareció Karim conduciendo su BMW M3 rojo de hace casi treinta años. Todo un clásico, ningún hombre puede resistirse a ese fenómeno. Y casi ninguna mujer, al menos si lo conduce Karim.

—¡Sube! Dejamos esa birra para otro día, ¿vale?

—Hecho. ¿Qué tal ayer?

—Buf..., bestial... ¿Te acuerdas de la morenita del otro día? Pues la pelirroja debía de tener tres tallas más, como a mí me gustan, amigo, con carne para agarrar —y río hasta quedar sin aire.

—Eres un poco cerdo, ¿no? ¿Volverás a verla?

—¿A la morenita?

—A cualquiera, Karim, a cualquiera de las dos...

—Ya veremos. —Me brindó otra de sus sonrisitas.

—¿Nunca te has enamorado?

—¡¿Qué?! ¿Ahora te me pones cursi?

—En serio, Karim, ¿nunca has sentido algo especial?

—Mira, tío, si te pones en plan sensible, mejor llamo a Charlotte —una compañera de trabajo que nunca para de parlotear, siempre tiene algo que decir—, ella por lo menos me contará algo interesante...

—¿A dónde vamos? —Me di cuenta de que habíamos salido del centro y avanzábamos hacia el norte de París.

—Eh... Pues, verás, es el cumpleaños de Pauline...

—¿Y quieres que te acompañe? —No me sorprendía, Karim era un tipo muy eficaz con las mujeres, pero cuando se trataba de su ex metía el rabo entre las piernas. Y más desde que me contó que la había visto con otro tipo.

—Sí, es que casi no conozco a nadie en la fiesta...

—¡¿Fiesta?! ¿Me llevas a la fiesta de tu hija? ¡Tío, ni siquiera le he comprado un regalo...!

—Tranqui, mira atrás —lo hice y vi dos paquetes de idéntico tamaño—, son las hermanas «caquita y pis», sus preferidas, me las lleva pidiendo desde Navidad.

Una media hora más tarde aparcamos en una de las calles de los barrios norte de la ciudad. Todas me parecían iguales, alguien debió de construir todos los edificios idénticos para reírse un rato mientras cada uno intenta encontrar el suyo.

*Podría escribir un cuento sobre un niño que se pierde en estos barrios y no puede encontrar a su mamá..., se acurrucará en un rincón hasta consumirse...*

*¡Dios! ¿Pero en qué coño estoy pensando? Eso no es un cuento infantil, es una pesadilla traumatizante...*

—¡Papá! —el grito de la niña me llevó de vuelta al mundo. Pauline se abalanzó sobre su padre, que la levantó al vuelo casi a la vez que me pasó los dos paquetes. Evidentemente se me cayeron de las manos y se abollaron un poco, pero la niña no lo notó.

Comimos tarta de color rosa, *snacks*, bebimos coca-cola falsa, inflamos globos, los pinchamos, encendimos bengalas, soplamos las velas todos juntos y yo mismo ayudé a la niña a abrir sus regalos mientras Karim y su ex discutían en la cocina. A ella solo la había visto cinco o seis veces desde que conocí a Karim, pero en todas acabó dándole gritos. Él agachaba la cabeza y los aguantaba como un aguacero. Algo gordo debía de haber hecho, pero nunca le pregunté. No es el tipo de tío que se abra en ese sentido, es más de ayudar en mudanzas, cambiarte el turno de trabajo, salir de juerga e incluso estoy seguro de que prefería ir al médico contigo si hiciera falta donar sangre antes que abrirse un poco y dejar que veas sus sentimientos. Todos sabemos que es así. No nos importa porque es buen chico. Es un buen amigo.

Cuando la tormenta pasó, Zoe, la ex, me dio las gracias por acompañar a la niña.

—No hay de qué. Me he divertido mucho, en todo caso gracias a ti por invitarme.

—Siento que me veas como una loca...

—No, no... Para nada, Zoe.

—No te molestes. Sé que es así y es cierto. Cada vez que nos hemos visto le he pegado un repaso a Karim. Imagino que debes de pensar que soy una demente o una obsesa o algo peor...

—No, en serio...

Amigos, no sé mentir, es otra de mis cualidades como persona: no sé mentir y cuando lo hago se me nota.

—¡Ja, ja, ja! ¡Te estás poniendo como un tomate! —No paraba de reír, ella sí se estaba poniendo roja, incluso se estaba hinchando un poco—. ¡Lo siento! —Trató de guardar la compostura, se tapó la mano con la boca para evitar volver a reír y pude ver que aún llevaba su anillo de boda puesto en el dedo anular—. ¿Es verdad que tú escribiste ese cuento? —señaló mi libro, que estaba sobre la camita de la niña.

—Sí, pero eso fue hace mucho. Casi en otra vida...

—Pues que sepas que es el favorito de mi hija, de ella y de todos sus compañeros. Lo leen en clase siempre que pueden, creo que tienen como cinco o seis ejemplares en la biblioteca de infantil porque es el cuento más buscado.

—Gracias —enrojecí. Otra cualidad: no me gustan los cumplidos, me avergüenzan.

—¡No hay de qué! Bueno, Nicolas...

—Llámame Nico, todo el mundo me llama así desde siempre.

—Está bien, Nico. ¿No tienes novia?

—Mmm... La verdad es que no...

—Bueno, tal vez ¿alguien especial?

—Pues no, la verdad... No hay nadie.

Karim nos interrumpió, éramos los últimos invitados y ya se hacía tarde, así que decidimos marcharnos. Ellos se despidieron más calmados, aunque podía ver la vergüenza en los ojos de mi amigo. *Algo gordo debió de hacerle...* Zoe me abrazó y caí en la cuenta de que ese abrazo fue el primero que me daban en los meses que llevábamos del año. Y estábamos ya en abril.

Amigos, así era, no había nadie. Nunca había habido nadie reseñable en mi vida amorosa. Las chicas me consideran un tío majo y guapo. Soy bastante alto, con buen pelo (aunque algunas mañanas es indomable...), tengo una bonita sonrisa y siempre las hago reír. He tenido buenas amigas, pero nada más. Por supuesto que he tenido algunos líos. Incluso hubo una chica con la que estuve casi dos años, pero nunca llegamos a decir que éramos «pareja». Salíamos y ya está. Porque ninguno de los dos necesitábamos ir más allá. Un día dejamos de llamarnos y nos olvidamos. Así es la vida.

Al menos la mía. (Al menos así era...)

Ya os he dicho que intentaba ir al cine una vez al mes (la verdad es que habría ido más veces, pero no podía permitírmelo), por eso me gustaba elegir muy bien la película que iba a ver. De las diez o doce que veía al año, ninguna era romántica. No penséis que no creo en el amor, eso ya está muy visto. Y además tengo el mejor ejemplo en mis padres, creo que lo suyo es un amor de ultratumba. No elegía películas románticas porque no me metía en situación. No veía dónde está esa magia que arrastra a los protagonistas al fin del mundo si hace falta con tal de estar juntos. Me parecía un exceso, la verdad. No me daba miedo envejecer solo, al final, todos morimos solos. Así que qué más daba un poco más de soledad. No me importaba el amor, no me importaba no tener novia, no necesitaba casarme. Lo único en lo que debía centrar mi energía era en terminar (mejor dicho: empezar) mi nuevo libro. Mi próxima obra maestra. Eso era lo que tenía que hacer.

Aunque a veces la vida, además de darnos limones y hacernos subir cuestras llenas de baches, puede que nos regale alguna bonita sorpresa.

2

Mi padre siempre me decía que yo había salido a su hermana, que había fallecido intentando sacar un perro del río un día de gran tormenta, siendo él muy joven.

—Hijo, si no piensas en ti alguna vez, te quedarás atrás. Está bien que quieras ayudar a los demás, pero recuerda que la persona más importante de tu vida eres tú mismo.

La verdad es que nunca entendí eso. Siempre me decía a mí mismo que yo podía aguantar lo que fuese salvo una cosa: ver que alguien cercano a mí lo pasara mal.

Por poner un ejemplo: cuando tenía siete años, el vecino de al lado, cuya casa tenía las ventanas y puertas pintadas de rojo chillón, contrajo la varicela. Tonto de mí, pensé que si me metía en la cama con él me la pasaría. O sea, que me la pasaría literalmente: él se quedaría libre de la enfermedad porque «me la pasaría a mí». Era lo que me había dicho su madre cuando fui a verle al acabar el colegio ese día.

—Nicolas, no seas bobo, tu madre me ha dicho que no has tenido la varicela. Si te juntas con mi pequeño, te la pasará.

Así que, convencido de que pegándome a él me haría con su enfermedad, me quité la ropa cuando su madre nos dejó solos y corrí a su cama casi desnudo para que mi pobre amigo se pusiera bien.

—Yo puedo aguantarlo, Arnaud, pero tú no, ¡mira qué caliente estás! Pásamela a mí, yo me pondré bueno en menos que canta un gallo, ya lo verás.

Al día siguiente fueron dos los asientos vacíos en la escuela, el de Arnaud y el mío. Aunque parte de mi promesa se cumplió: yo me curé antes.

También recuerdo, permitidme que os lo cuente porque solo serán unas líneas, una noche en las fiestas de Mont des Fleurs. Mi amigo Pierre, que tenía un año más que yo, y por lo tanto ya podía trabajar con un contrato como Dios manda, me pidió un favor.

—Mira, Nico, a esa chica le gustas, ya lo sé, no tienes que repetírmelo. Pero es que yo me voy de vacaciones mañana y no volveré hasta octubre, para entonces las fiestas ya habrán acabado y no tendré oportunidad de estar con una chica tan guapa...



—Ya, Pierre, pero es que a ella le gusto yo, su amiga me lo ha dicho, quiere que la invite a bailar, ¿sabes? —Claro que lo sabía, el muy canalla.

—¡Ay, Nico! ¡Es que no lo comprendes! Si esta noche no estoy con una chica, no sé lo que va a ser de mí... —Ahí ya me ganó, con ese tono lastimero ya podía hacer conmigo lo que quisiera.

—No sé, Pierre... No sé si ella querrá...

—¡Pues pregúntaselo tú! Dile que tienes un amigo mayor —dijo esto con un tono grave— que está interesado en conocerla. Vamos... Anda, inténtalo...

Y allí estaba yo, haciendo de Celestina entre el listo de mi amigo Pierre y la chica más guapa de las fiestas de ese año. Ella accedió en cuanto le dije que él tenía dieciséis años. Casi mordí el polvo que levantó cuando fue en su busca.

Estoy seguro de que pensaréis que soy un pardillo. Pero la verdad es que no me siento así. Puede que no lo entendáis, pero soy más feliz cuando los de mi alrededor están bien. Es complicado de explicar, pero así es. Necesito saber que aquellos a los que quiero son felices. Y si yo puedo hacer algo para que estén mejor, no dudo en inmiscuirme y mancharme las manos hasta los codos. Hasta los hombros si es necesario.

Ahora que lo pienso, ya sabéis muchas cosas de mí: vivo en una «encantadora» buhardilla de París (sí, lo sé, ha sido un timo, pero yo me siento la mar de feliz con estas vistas...), soy escritor (y sí, solo he escrito un buen libro, pero estoy esperando a dar mi segundo gran campanazo), hablo alto cuando estoy solo, no me gustan los cumplidos, no sé mentir, tengo un buen grupo de amigos y nunca he tenido una relación digna de una novela de amor.

Hasta ahora.

Hay una cosa importante que aún no sabéis de mí. Y es a qué me dedico hoy en día.

Hace muchos años logré escribir un precioso cuento (llegó a ganar varios premios, dos incluso fueron en otros países) y por ello me pagaron un buen pellizco. Mis padres lo celebraron por todo lo alto: organizaron una jornada de puertas abiertas en la panadería y cocieron un montón de bollitos de leche, galletas de canela, *petit choux* de chocolate y *eclairs* de crema que regalaron a los vecinos. El aroma que desprendían inundaron las calles del pueblo de las ventanas de colores durante varios días. Todos me felicitaron, me besaron, me abrazaron. Fue un gran día.

Gracias a mi cuento logré vivir medianamente bien los siguientes diez años. Pero cuando mi primer contrato se terminó hace unos años, mi editor no se mostró tan generoso con la renovación.

—Mira, chaval, si en este tiempo hubieras escrito otras cosas importantes, te ofrecería algo mejor. Pero tienes que entender que no tengo la seguridad de que vuelvas a escribir algo tan bueno.

—Ya, pero... con mi situación actual necesito más porcentaje de las ventas.

—Eso es imposible, Nicolas. Podemos tratar otros puntos del contrato, pero los porcentajes se quedan como están —apuntó, y golpeó tan fuerte con su dedo índice esa cifra ridícula que tumbó un vaso con bolígrafos. Los recogí al instante.

—¿Podemos negociar los años de contrato?

Fui a cinco editoriales más para tratar de conseguir un contrato mejor. Necesitaba mantener mis cifras en la cartilla de ahorros, dada mi nueva situación, de la cual os hablaré en breve. Pero las cinco de forma muy amable cerraron sus puer-

tas en mis narices. Finalmente accedí a firmar ese nuevo contrato con mi editor de siempre.

La única parte positiva es que las ventas de mi libro no habían decaído casi nada desde su publicación, porque siempre nacían niños y cumplían años. Y siempre había una horrada de chavales de seis o siete años que pedían mi cuento por su cumpleaños o en Navidad. Al menos tenía ese seguro.

Pero no era suficiente para mis circunstancias actuales. En las primeras páginas os conté que los últimos años de mi vida están llenos de pañuelos de papel rebosantes de lágrimas, médicos y enfermeras. Sin haceros caer en la depresión, debo contaros mi situación: tres años después de publicar mi cuento mi madre enfermó. Dejó de recordar cosas y empezó a confundir a las personas. Al principio eran pequeños detalles, tan insignificantes que los tres nos reíamos de cada «despiste». Pero rápidamente las cosas empeoraron. Una noche, por ejemplo, se despertó y salió a trabajar en el huerto adyacente a la casa, que ese invierno estaba cubierto por una capa de veinte centímetros de nieve. Mi padre la encontró tiritando sobre la escarcha varias horas después. Yo estaba de promoción con mi libro en Bélgica y no me dijeron nada hasta que volví a casa y la vi en cama recuperándose de una fuerte neumonía.

Mi padre y yo aceptamos de la mejor manera ese gran cambio. Yo dejé de salir tantos días seguidos de promoción y pasaba más tiempo en casa con ellos. Por suerte, mi padre era un hombre fuerte que no aparentaba sus ochenta y dos años de edad. Pero el día que cumplió ochenta y cuatro las cosas fueron de mal en peor tras una visita rutinaria a su médico de toda la vida.

—Nicolas, siento tener que darle estas noticias. Su padre ha preferido que sea yo quien se lo diga. Esa tos que su padre viene arrastrando desde hace semanas... se debe a un cán-

cer de pulmón en estado avanzado. —Oía y entendía cada palabra, pero rebotaban dentro de mi cabeza como una pelota en un frontón—. ¿Me ha entendido? Nicolas, ¿comprende lo que le digo? —Me tocó la mano y salté sobre la silla.

—Sí, claro que sí. ¿Se puede operar?

—Me temo que no, es cuestión de meses.

Al final fue cosa de semanas, porque en seis semanas mi padre murió. Lo bueno es que mi madre ni se enteró. Aún hoy hay días en los que ella cree que mi padre está cocinando barras de pan y galletas en el horno de la tienda.

Tras la muerte de mi padre me quedé con ella dos años más. Fueron los más difíciles de toda mi vida. Cada día empeoraba y yo no podía hacer nada por ayudarla. Imaginaos mi impotencia: yo, que prefiero pasar cualquier mal antes que ver a alguien que quiero en esa situación. Pero hay cosas que no se pueden cambiar. Es lo que hay.

Como os decía al principio, si la vida te da limones no siempre podemos hacer limonada. Odio esa frase.

Meditándolo mucho ingresé a mi madre en la residencia del pueblo. Yo quería traerla conmigo a París, donde existe un gran centro subvencionado para enfermos de alzhéimer, pero cuando se lo dije, porque yo hablaba con mi madre como si estuviera bien, ella me respondió:

—No, Nicolas, quiero quedarme en el pueblo. Cerca de tu padre.

—Mamá, ¿entiendes lo que te digo?

—Claro que lo entiendo, hijo. Y entiendo tu decisión, pero no quieras alejarme de tu padre.

Así que en ese momento de lucidez cancelé su traslado a París y pedí plaza en la residencia del pueblo. No hubo problemas porque tenían habitaciones de sobra. Nuestro pueblo es pequeño, por lo tanto no había muchas personas mayores, pero como muchas parejas jóvenes comenzaron a mudarse a

principios del año 2000, abrieron dos colegios nuevos, un consultorio médico y una residencia que estaba casi vacía. El problema es que la residencia no está subvencionada, así que debemos pagar mes tras mes su estancia en ella. Y lo hago encantado, porque sé que es lo que ella quiere. Es mi forma de hacerla feliz.

Sin embargo, no puedo eludir el tema: tenemos la traba monetaria. Todo lo que gano con las ventas de mi libro no es suficiente y por ello desde que mi madre está allí necesito otro trabajo.

Y no os apenéis, no es esa mi intención, solo quiero explicaros cómo llegué hasta este punto de mi vida. Todo tiene un porqué.

He sido repartidor de correo, he vendido revistas en un quiosco, he servido mesas en restaurantes, he hecho de chico de los recados en una multinacional, he llegado a trabajar como monitor de yoga (pero, claro, como no tengo ni idea de yoga, el jefe me echó a los dos días).

Y ahora, amigos, ahora soy técnico de seguridad en la red del metro de París. El mejor trabajo que he tenido hasta la fecha.

Quizá os preguntéis cómo puede ser eso posible. Fácil. Gracias a ese trabajo he conocido a mis mejores amigos y al amor de mi vida. Porque, amigos, al final resulta que yo sí estaba hecho para el amor.

Pero vayamos poco a poco, capítulo a capítulo, así se escriben las novelas, ¿no?

4

Hace ocho meses, un poco antes de Navidad, conocí a Karim. Su coche se había averiado en la calle (al menos eso creí yo) y me acerqué a ayudarlo.

—Amigo, ¿necesitas un cable? Quizá pueda echarte una mano. —Porque otro de mis trabajos fue de ayudante en un taller mecánico, así que algo entendía.

—Pero ¿qué haces, tío? ¡Sal de aquí cagando leches!

—¿Cómo...?

—Ya me has oído, pringao, vete lejos que ahí viene mi chica. —Miré detrás de mí y vi a Rosanna, «la chica de la esquina».

—¿Te refieres a Rosanna?

—¿Qué? ¿La conoces? Oye..., si es tu novia, lo siento, tío. Es que no lo sabía.

—Esa es novia de todos, ya me entiendes.

—¡¿Qué?! No me jodas...

—Sí. Si tienes un billete grande, será tu novia un rato... Siento decírtelo. Me llamo Nico y vivo ahí enfrente, por eso la conozco.

—No se lo cuentes a nadie, por favor...

—Hola, Nico... —Rosanna se acercó hasta nosotros—, y compañía... ¿Cómo te llamas, guapo?

—Tranquila, Rosanna..., mi amigo ya se iba.

—Bueno, quizá en otra ocasión, chico. Además, hoy es mi día de descanso. Hasta más ver, guapetones...

Karim cerró el capó del coche y buscó la llave en su bolsillo del pantalón.

—¿Arrancará?

—Claro que arrancará, era solo un truco.

—¿Un truco? ¿A qué te refieres?

—A veces, cuando veo a una tía buena, paro el coche cerca de ella como si se me hubiera estropeado, hago como que lo arreglo y cuando la chica se acerca hasta mí, le pido su móvil para llamar a la grúa.

—¿Y eres capaz de pagar a la grúa por una chica? —Pensé que debía de ser casi millonario, ¡una grúa!

—No, *atontao*, lo que hago es cortar la llamada diciendo «¡Coño! ¡Ya sé dónde está el problema!». Después hago como que limpio una pieza y arranco mi tesoro. Las vuelve locas. Es como algo primitivo, lo leí una vez. —Acarició el capó brillante del coche y sonrió. Me pareció gracioso.

—¿Cómo te llamas? ¿Mago de las citas...?

—Karim —extendió su mano—, un placer. Gracias por avisarme... Otro en tu lugar se habría quedado mirando para descojonarse un rato.

—Bah, no es nada... Voy a tomar una birra, ¿te apetece?

—Claro, por qué no... Cambio una chica por un colega, no está mal. —Fue la primera vez que me agarró por los hombros. Me pareció un tío majo. No me equivocaba. Caminamos unos pocos pasos hasta el bar más cercano.

—Dos cervezas, gracias. Además de a trazar planes perfectos para ligar con chicas, ¿a qué te dedicas?

—Soy vigilante en el metro.

No me sorprendió. Alguien dijo una vez que el físico es media vida y un trabajo como ese le pegaba. Creo que con cinco años ya podría haber sido vigilante de su colegio. Era un tipo enorme. Imponía verlo tan grande. Y su voz iba a juego. Pero tras sus ojos había un brillo casi infantil que despejaba cualquier atisbo de miedo. En realidad, su mirada y su sonrisa clara daban confianza.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy escritor. —Arqueó las cejas, seguro que yo era el primer escritor que había conocido—. Pero no te creas, busco otro trabajo para ganarme la vida. Lo que sea.

—¿Algo que yo conozca?

—Puede que tú no, porque serás de mi edad. Pero si tienes hijos o sobrinos...

—Tengo una niña. —Sonrió y sus ojos se iluminaron como si hubieran encendido una lámpara dentro.

—Mi cuento se titula *La boca de los gatos huele a sardinas*.

—¡No jodas! Se lo leía cada noche al ir a dormir... —según dijo esto, su mirada se tornó triste. Ya no debía de leerse-lo cada noche. No tenía anillo de casado, pero sí una marca en el anular. Debía de ser reciente.

—Sí... Pero ahora necesito otro trabajo, ese cuento no es suficiente.

—Mira, me has caído bien. Ha quedado libre un puesto en el centro de control del metro al que yo pertenezco, si quieres puedo llevar tu currículum. ¡Qué narices! Si digo que eres colega mío, te cogerán fijo.

—Vaya, Karim... No sé qué decir, sería estupendo, porque de verdad lo necesito. —Y tanto que lo necesitaba, lo que no sabía en ese momento era hasta dónde me iba a llevar esa decisión.

—Claro, déjame tu número. —Se lo anoté en su móvil—. Mañana a primera hora te llamarán, casi seguro. Tendrás que pasar una entrevista, pero, tranquilo, es poca cosa. Comprobarán si eres quien dices ser, si tienes antecedentes... No los tienes, ¿no?

—¡No! Estoy limpio. —Sonreí, me parecía un tipo muy amable.

—¡Pues esto está hecho! Allí te enseñarán cómo funciona todo. Es muy sencillo. Lo único malo es que es mitad de jornada.

—Karim, es perfecto. —Así podría terminar (empezar) mi segunda gran obra.

5

Al día siguiente no solo me llamaron por teléfono para el trabajo del que Karim me habló, sino que además el jefe me



preguntó si podría empezar esa misma tarde, porque al parecer el antiguo empleado se había ido casi de un día para otro y estaban perdidos sin alguien en ese puesto. Necesitaban cubrirlo urgentemente. Así que después de comer me presenté en el centro de control situado junto a la calle Sainte Anne, cerca de la que meses después sería mi casa.

—Bueno, Nico, este trabajo es sencillo, pero tendrás que estar muy atento. Por eso no os hacemos trabajar ocho horas al día a los que estáis en este puesto. Para que durante el tiempo que trabajéis estéis entregados al ciento por ciento —el que hablaba era el señor Briand, de nombre Corentin, pero para los empleados siempre sería el señor Briand.

—¿Y qué debo hacer exactamente, señor Briand?

—¡Lo primero es enfundarte en este traje! —gritó detrás de mí una fuerte voz femenina.

Me giré y vi cruzando el umbral a una mujer de apariencia normal. Lo único no normal en ella eran dos cosas: llevaba un pañuelo ajustado en la cabeza ocultando su piel sin pelo, y su voz, que sonaba valiente, como la de nadie que hubiera conocido. Parecía la de un león fuerte y seguro de sí mismo. Traía cogido un traje azul marino con el distintivo del metro de París bordado con hilo amarillo en la solapa.

—Buenos días, Charlotte. Nico, esta será tu compañera, mirará las cámaras que tú no puedas ver.

La mujer dejó mi nuevo traje en una silla giratoria y me dio un fuerte apretón de manos, juntamos nuestras cuatro manos. Hasta su saludo era valiente y animal.

—Encantado, yo me llamo Nico. —Ella me sonreía.

—Tu cara me suena de algo...

—No sé...

—Sí, sí, déjame pensar... Tú y yo nos hemos visto antes. —Supuse que tendría mi libro en casa y que habría visto mi foto de la contraportada un montón de veces—. ¡Coño! ¡Tú

eras el monitor de yoga de mi gimnasio! —La vergüenza me invadió. Estuve seguro de que el culo de Charlotte fue uno de los que miré casi hipnotizado en mis dos días como monitor.

—Eh... Sí, es posible...

—Bueno, chicos, dejad las conversaciones personales para vuestro tiempo libre. Charlotte, tengo una reunión y debo irme ya. —Ella asintió como sabiendo qué venía a continuación—. Ya hemos hecho los papeles —el señor Briand me observó de arriba abajo, seguro que le sorprendió que yo diera clases de yoga...—, pero falta que le enseñe cómo funciona esto —dijo señalando el gran panel de control que teníamos frente a nosotros.

La primera vez que vi esas pantallas, con sus teclados, los cables, los altavoces, los controles de las cámaras y demás parafernalia, pensé que me daría un patatús. Era imposible que aprendiera a manejar todos esos aparatos sin experiencia en un puesto similar. Karim debió de decirles que sí la tenía porque os aseguro que el trabajo era complicado. Requería prestar toda la atención disponible de mi cabeza cada día.

Debía controlar mediante las cámaras de vídeo instaladas en los túneles del metro de París a todas las personas que iban y venían. Si veía algo sospechoso, tenía que avisar a los vigilantes de seguridad que estuvieran trabajando en ese momento. Karim era uno de ellos. Pero también estaban Didier y Fanny. Él, cercano a los cincuenta, era el más veterano de todos. Y ella, que no sobrepasaría el uno cincuenta de estatura, era una gran maestra de artes marciales.

En el centro de control me acompañaba casi siempre Charlotte, pero también estaba Celine, la mujer de Didier. Charlotte dice que sus primeras citas las tuvieron por la línea de conexión que existe entre el centro de control y el teléfono de los vigilantes. Parece que cada vez que coincidían hablaban un

poco más de la cuenta, hasta que llegó el día en que él la invitó a salir y desde entonces ya no se separaron nunca. Tienen dos hijos. A veces Celine debe trabajar en el centro de control y también atenderlos por teléfono. Porque tienen once y trece años y ya se sabe que a esas edades cualquier actividad temeraria es la preferida de los chavales. Así que tiene un ojo en las cámaras del metro y el otro en su casa a través del móvil.

Me gustaba mi trabajo y me gustaban mis compañeros, que poco a poco se fueron convirtiendo en mi familia.

Cada día veía pasar por mis cámaras a unas doscientas cincuenta mil personas, y por increíble que parezca pronto empecé a reconocer a muchos caminantes. Había una familia que tenía seis hijos, era divertido ver cómo el padre y la madre trataban de sujetarlos a todos para que no se perdieran por los túneles del metro. Muchos días, cuando los padres iban tarde, Karim les echaba una mano. Cogía a los cuatro más pequeños a la vez con sus musculosos brazos y los acercaba hasta el andén de la línea uno. Veía que se bajaban en la parada de Saint Paul, en el barrio de Le Marais. Allí había varios colegios y, como los padres no volvían a coger el metro, debían de trabajar por la zona. Otros asiduos a mi turno eran una pareja joven que siempre, sin excepción, accedían al metro en la Ópera de París discutiendo tan fuerte que la gente de su alrededor los miraba con temor. Yo mismo estuve a punto de llamar a Didier el primer día que los vi. Pero Celine me dijo que esperara y que los vigilara a través de los monitores durante el camino que llevaba hasta su andén.

—Mira, fíjate. No sabemos qué pasa, nadie se lo explica, pero a medida que se adentran en el túnel se van calmando.

—¿Calmando? ¡Pero si ella acaba de empujarle a él! Debemos llamar a Didier, por lo menos para que se presente a su lado y se calmen de verdad...

—Espera... Observa.

Tras cinco minutos buscándolos a través de las cámaras de los túneles para no perder ni un segundo de su actividad, pude comprobar que, efectivamente, al llegar a su andén se abrazaban ardiendo en pasión y no dejaban de besarse hasta que el metro aparecía. ¿Sería que el sonido del tren los tranquilizaba? ¿O el aire viciado de la zona más baja de la línea los relajaba? Nadie lo supo nunca, pero así era como ocurría.

O sea, que la mitad del día la pasaba viendo el ir y venir de las gentes de París en el metro y la otra mitad permanecía sentado en mi silla oscilante tratando de avanzar en mi próximo libro. Esa es la parte más peliaguda... Por más que lo intentaba, no conseguía tener una idea sobre la que poder escribir. Solo pensaba burradas, cosas tristes y terroríficas que ningún padre o madre querría leer a sus hijos. Tal vez si Charles Manson hubiera tenido niños, sí hubiese querido leerles mis tétricas historias, pero por suerte para la humanidad tipos como ese no abundan. De modo que así estaba, devanándome los sesos para encontrar una bonita historia que los niños de siete años quisieran recrear una y otra vez en sus cabecitas absorbe todo.

Quizá si mi editor no me hubiera llamado meses después de empezar mi nuevo trabajo en el metro, me habría sentido menos agobiado. Pero el muy asqueroso... (en realidad, no le culpo, de veras que no) me puso entre la espada y la pared.

—Nico, ya está bien. Llevas los dos últimos años dándome largas. O escribes algo bueno ya o no habrá una tercera renovación. Y no te engañes, muchacho, nadie querrá trabajar contigo. Porque todos saben que estás vacío.

—¿Cómo que vacío?

—Desde tu fabuloso libro no has escrito nada bueno, hijo. No quiero ser duro, pero es la verdad. O te pones las pilas o

no podrás dedicarte a esto nunca más. Hemos sido muy benevolentes contigo, hijo.

—Claro, y no es porque me adoréis, adoráis las ventas de mi libro, seamos sinceros.

—Sí, es cierto. Hemos tenido manga ancha contigo porque tu libro se ha estado vendiendo bien. Pero créeme que no será así siempre, de hecho, este año tus ventas han empezado a caer. ¿No has oído hablar de la última ganadora del premio nacional de infantil? —Ni idea de lo que me hablaba, hacía mucho tiempo que ya no miraba esas cosas porque lo único que conseguía era hundirme más en el pozo en que yo mismo me había tirado no sabía cuándo—. Pues tiene tres cuentos más por publicar y su agente dice que son incluso mejores que el que publicaron el año pasado... Puede que sea tu relevo, Nico. —Los liliputienses cargados de miedo subían por mis piernas a toda prisa directos a mi pecho—. Y si no es ella, será otro escritor, no nos engañemos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Sobre qué puedo escribir? ¿Qué se lleva ahora? —fueron las tres peores preguntas que pude hacerle a mi editor porque dejé claro que no tenía ni idea de por dónde tirar.

—Nicolas, de verdad que lo siento. Yo no soy escritor. Eres tú, debes escribir algo antes de que acabe el año o se acabó. Tendrás que buscarte otro trabajo porque te aseguro que cuando tu contrato acabe en diciembre no volverás a ver un euro proveniente de tu libro.

Eso me dejaba poco más de medio año. Si me ponía firme, podría tener un buen cuento antes del verano. O eso creía yo.